

pueblos; pero ha comenzado la union de todos los hombres, de todos los pueblos en un mismo sentimiento, en una misma idea. Hijos de la América española, no desoigais á los que son vuestros hermanos.

DON PEDRO IV Y LA UNION ARAGONESA.

ARTÍCULO PRIMERO.

I.

Me propongo historiar brevemente la lucha de Pedro IV con la Union aragonesa y valenciana. Veamos antes el siglo XIV, de los más grandes que registra la historia por las ideas que realizó y los nuevos caminos que abrió al espíritu humano. En este siglo el feudalismo iba de vencida y la monarquía comenzaba á eclipsar todas las instituciones. El rey, que ya pretendía levantarse sobre los castillos feudales, trataba de ir poco á poco desarmando tambien el municipio. El derecho, que habia nacido en las Universidades pon-

tificias y se habia fortificado en los cánones, gradualmente se apartaba del altar para recibir fuerza del trono. El Pontificado, que en los siglos XII y XIII habia reunido en torno de sí todas las fuerzas dispersas, se hallaba con grave daño de la cristiandad sometido en Avignon á la voluntad de los reyes de Francia; y de aquí la indisciplina del clero que tan elocuentemente deploraron Petrarca, Boccacio, el arcipreste de Hita y otros muchos escritores católicos. Los jurisconsultos nacidos del seno del pueblo, pero soñando en su ambicion con ser grandes, socavaban lentamente los fundamentos del castillo feudal, y con las armas de la inteligencia y las fórmulas del derecho escrito embotaban las armas de la fuerza y deslustraban los códigos señoriales confiados á la custodia de la tradicion y de las costumbres. Necesitados de una fortaleza para combatir, se acogian al trono que los resguardaba, y les exigia en cambio fórmulas idóneas para acrecentar su fraccionada y combatida autoridad. Las Universidades iban educando al estado llano, clase que salida del seno del municipio, aprendia instintos de libertad y sentia

grande anhelo de gobierno. El clero, recibiendo á todas las clases, las levantaba á altas dignidades y contribuia á la emancipacion universal. El feudalismo no habia llegado aún á comprender toda la trascendencia de la revolucion que minaba su poder y destruia sus antiguas glorias. Todas las clases é instituciones que van á ser anegadas por el progreso, ni oyen ni ven las olas que las amenazan, hasta que llegan á arrebatarnos de las manos la áurea copa donde liban su vida. Los nobles no eran inteligentes, y no veian los chispazos que salian del centro de las Universidades. No les era dado comprender cómo aquellos pobres y desarmados estudiantes, que corrian tras la sombra del antiguo derecho romano, sin más cota de malla que sus hopalandas, ni más lanza que sus libros, habian de ser osados á desafiar un poder levantado sobre las espaldas de infinitos esclavos, dueño de innumerables riquezas, cuya cúspide frisaba con la region de las tempestades. Pero en aquel instante, la Providencia, que siempre socorre al débil, arrojaba en sus manos el trueno, el relámpago, el rayo, la tempestad que

había de dar en tierra con el castillo feudal, si arrojaba en el mundo la pólvora.

Mas si la nobleza no comprendía toda la humillación que le aguardaba, sentíase ya decaída y flaca. Las Cruzadas habían abierto una brecha inmensa en sus murallas; el municipio había puesto sus torres al nivel del castillo feudal; frente á frente del mesnadero se alzaba el soldado municipal; junto al derecho señorial la Cartapuebla; los gremios comenzaban á emancipar la propiedad, y á la cabeza de este movimiento formidable caminaba el rey, unas veces batiéndose cuerpo á cuerpo con los nobles, y otras aguzando sigilosamente sus armas para descabezar el feudalismo.

¡El rey! En aquellas edades, el rey era el gran innovador. A su brazo había encomendado Dios la destrucción del feudalismo, y la maravillosa obra de dar unidad, cohesión y fuerza á las diversas nacionalidades fraccionadas por extrañas irrupciones. Gran aliento era menester para esta obra. Mas los reyes la llevaron á cabo con gloria y perseverancia. Al comenzar el siglo XIV, parte

de esta obra colosal estaba ya concluida. Alonso VIII, el de las Navas, había llamado á tomar asiento en las Córtes á los ciudadanos, amenazando así á la nobleza con un nuevo elemento social, capaz de contrastar su hasta entonces incontrastable poder. Fernando III el Santo, llama á sí á los juriconsultos, destruye las hermandades, arrebató á los señores el derecho de juzgar, que es como la corona de sus derechos; protege los gremios, fomenta las milicias municipales, pretende dar unidad á los códigos, crea los adelantados reflejos de su autoridad en las provincias, regula el derecho que de sentarse en las Córtes había adquirido ya el estado llano; de suerte que si derriba con una mano la fortaleza de los árabes, derriba con la otra las altas guaridas del feudalismo. Don Alfonso X comienza á derramar en sus códigos las semillas del poder absoluto de los reyes. Los nobles más poderosos caen heridos de muerte á los piés de Sancho el Bravo, que condescendiendo un día con la nobleza, la abate cuando ya no necesita de su auxilio. Don Lope de Haro muere bajo los golpes de las

mazas reales en las Córtes delante del trono, y su sangre salpica la frente del rey. Sigue, al comenzar el siglo xiv, la regencia de doña María de Medina. Bajo las alas de este ángel, que lleva en sus brazos á su hijo, pobre niño, cuya corona flota á merced de los vientos de todas las pasiones en un lago de sangre; bajo la protección de doña María de Medina llega á su apogeo el municipio, y el estado llano, agradecido, salva á la reina de todos los peligros y conjura todas las grandes tempestades, uniendo su libertad al nombre de doña María que llega á ser su símbolo y su enseña. Pero sucede la minoridad de Alfonso XI, y las fuerzas mal reprimidas de la nobleza estallan de nuevo, y se convierte toda Castilla en un gran campo de batalla; todos sus nobles son rebeldes, todos sus pueblos son fortalezas, y no parece sino que Dios ha derramado sobre ella la copa de todas las desgracias. El rey empuña las riendas del Estado, pone los ojos en tantos males y el pensamiento en remediarlos; conoce que sólo el arrojo y las fuerzas pueden derramar el esparto en sus enemigos, brillo en la autoridad real, y

D. Juan el Tuerto, y Garcilaso de la Vega y otros grandes señores, son las víctimas de su poder, los despojos de su victoria. Todos los reyes, ora parapetados tras nuevas instituciones, ora cuerpo á cuerpo, combaten el feudalismo. Y lo que sucede en Castilla sucede en casi toda Europa. Este es el siglo xiv. El Papa está preso y sometido á un rey; el clero está indisciplinado á causa de la esclavitud del Papa; el municipio llega á su zenit, pero sus rayos ofenden á la unidad monárquica; las Universidades toman la dirección intelectual del mundo; los jurisconsultos la dirección material del gobierno; el estado llano sigue trabajando por su emancipación, lenta, pero progresiva: el feudalismo se arruina, y sobre todas las instituciones se levanta ya el rey, coronado con los resplandores de una gran idea. Es un gran siglo. De una de sus grandes luchas vamos á tratar. Esta lucha pasa en Aragon, bajo el reinado de Don Pedro IV.

II.

La monarquía aragonesa es indudablemente en los siglos xiii, xiv y xv una de las monarquías más grandes y más gloriosas del mundo. El espíritu de civilización que rebosa en su seno la agita, la lleva al Africa, á Sicilia, á Nápoles, á Francia, á Constantinopla, y en todas partes hace milagros y obra maravillas. Aragon acaba de nacer en un pico del Pirineo; su cuna parece un nido de águilas, y levanta su vuelo, se dirige á las llanuras, y con solo mover sus gigantescas alas ahuyenta á sus enemigos. Nacido apénas, se apodera de Jaca y Huesca; un poco más tarde planta sus banderas en los muros de Zaragoza; es jóven y ya el instinto de su génio le lleva á romper el aislamiento, á echarse en brazos de Cataluña, y volar arrogante por los mares. En el siglo xii, los condes de Barcelona comienzan á enseñorearse de los mares, plantan sus banderas en Mallorca, contri-

buyen á libertar del yugo agareno Almería; conquistas prematuras, que si no quedan definitivamente bajo los cristianos, muestran ya toda la extension de su grandeza. Aragon va personificado en Pedro II á la batalla de las Navas, y personificado en Alfonso II al sitio de Cuenca, y en ambas empresas gana inmarcesible lauro. En Cuenca se reparte con Castilla el territorio de España, que ha de libertarla del árabe enemigo. Castilla toma para sí las Andalucías, se dirige como el Tajo, como el Duero, como el Guadiana, hácia el Océano. Aragon toma para sí las Baleares y Valencia, se dirige como la corriente del Ebro, hácia el Mediterráneo.

Apénas han trascurrido cincuenta años, y ya ha coronado su altísima obra. Jaime I, que sentia en su coarzon la voz de Dios que le llamaba á la guerra, como la inspiracion llama á cantar al poeta, pone la planta en los mares, desenvaina su espada, y como si fuera el rayo de la victoria, ciega á sus enemigos; y libertando á Mallorca asegura la tranquilidad del Mediterráneo y el predominio de Aragon en este mar de la civilización.

En seguida, su génio inquieto, no contento con aquella sin par victoria, se vuelve á Valencia, la mira, se encanta de su alegría, y de su hermosura; baja á sus deleitosos jardines, y planta en ellos la severa y sublime cruz. Valencia, que tan llorada fué de los árabes cuando el Cid momentáneamente la arrancó de sus serrallos, deja para siempre de ser su hermosa sultana. Entonces Aragon siente instintivamente el deseo de salir fuera de su recinto, de tomar parte en la vida universal de las naciones. Castilla, encerrada en el centro de la Península, elabora nuestros grandes elementos sociales; Portugal ensaya el comunicarnos con lejanas tierras y llevar nuestro nombre á remotísimos horizontes; Aragon es el medio de nuestra comunicacion con Europa. Pero esta gran obra, tentada por D. Jaime, es conducida á gloriosa cima por su hijo D. Pedro III, el rey más grande y más glorioso de toda nuestra historia. Pedro III hereda ¡él sólo! todo el gran destino del sacro imperio. Lucha con el Pontífice, sin arredrarse por sus guerreros ni por sus aliados; lucha con Francia, sólo, sin temer sus innumerables ejércitos; lucha

en Italia y gana Sicilia; lucha en el mar, y gana batallas que parecen fábulas; lucha dentro de su reino diezmado y dividido, y en todas partes es el génio de la victoria. Aragon despues, ora cede al Papa, ora le atemoriza; ya renuncia á su política guerrera y se envuelve en la política diplomática, ya deja Sicilia para tomar Córcega y Cerdeña, ya vuelve á unir á su corona Sicilia; sigue la política exterior que mejor le cuadra, pero influye poderosa y decisivamente en la vida universal de la historia. Y heredero de esta política y su mantenedor, es Pedro IV.

Pero á nuestro fin conviene conocer el estado interior del reino de Aragon. Es Aragon un país eminentemente aristocrático. Parece que sus riesgos han sido hechos por Dios para sobrellevar castillos feudales. Castilla es, por el contrario, un país eminentemente popular. Parece que sus inmensas llanuras fueron hechas por Dios para asiento de grandes y libres municipios. Pero por lo mismo que Aragon es, en la Edad media, más aristocrático que Castilla, no es tan monárquico. Yo no sabré probar la autenticidad del fuero de

Sobrarbe, pero sí decir, que aún admitiéndolo como ficción, se vé que el reino aragonés habia querido significar la primacía de origen y de dignidad que tenían las leyes sobre el rey. Aquel reino, que forma un código primero, y luego va á buscar un rey para que lo jure, traza en la primera página de la historia aragonesa el ideal, la norma de su vida. No hay ocasion solemne en la historia de Aragon, no hay lucha por la libertad y por el derecho, en que el país no recuerde al rey el pacto de que proviene su soberanía y no le amenace con romperlo si el rey persiste en perseguir la libertad y en desestimar el derecho. El rey es el primero entre iguales; no es rey de siervos, sino rey de reyes. Cuando entra en un combate, no tiene más parte en el botin que los demás capitanes; y si la tiene, es cuando ha sido el más valiente y ha derramado más sangre enemiga, y ha precedido á todos en arrojarse al furor de la pelea. Esto acaso hizo que los reyes aragoneses fueran tan heróicos, y que en tres siglos, con raras excepciones, no se conocieron sino grandes reyes en aquel tan sublimado trono. Ara-

gon derivaba de su primitiva Constitucion todos sus principales derechos. Creia que la libertad habia iluminado su cuna, y demostraba que sin libertad no queria la vida. En sus primitivos códigos, ciertos ó fingidos, se encontraba la subordinacion de los reyes á la ley, la autoridad protectora del Justicia, como un tribunal perenne entre el rey y el pueblo; la existencia de las Córtes, el gérmen de aquella libertad que á manera de sagrada encina resistía al impetu de los tiempos, al oleaje de los acontecimientos, y levantaba sus ramas doradas por eterno sol, sobre todas las tempestades, ofreciendo amparo siempre á los fuertes aragoneses, que encontraban en ella ramas para formar sus hogares y lanzas contra sus enemigos. Esta libertad, que existía con más ó ménos fuerza en las costumbres, aspiraba por esa lógica irresistible, objetiva de todas las ideas, á convertirse en ley. Examinaremos cómo esta idea, digámoslo así, se movía y desarrollaba para conseguir este fin, á que tendía irresistiblemente. Prescindamos del fuero de Sobrarbe. La crítica sólo se atreve á ver en él la partida de bau-

tismo de la libertad aragonesa. Pero ignora si esta partida de bautismo fué hecha despues que la libertad habia llegado á crecer, á desarrollarse y robustecer su constitucion. El pueblo aragonés, como el pueblo romano, como el pueblo inglés, como todos los pueblos aristocráticos, era muy dado á consagrar con el bautismo del tiempo todos sus nuevos derechos, áun á costa de una ficcion legal. Así, en los pueblos aristocráticos, las formas de la ley se salvan siempre. Aragon habia tenido una gran autonomia. Cuando Alfonso I dejó su reino á los Templarios, el reino, protestando contra la voluntad del rey, se rescató á sí mismo; cuando Pedro II dobla la rodilla ante el Papa y le presenta como feudo su reino, Aragon se levanta, despliega su pendon, y muestra al Papa que el rey no puede usar del reino como de un patrimonio, y que los aragoneses, antes que todo, se debian á las leyes.

Pero despues de varias alternativas, donde se ve brillar más esplendorosa la libertad aragonesa, es en el reinado del gran Pedro III. En esta edad toma esa fuerza que la distingue, y el carácter de

ley á que tendia con una tendencia irresistible. A un rey tan grande como Pedro III, fuerte en los combates, coronado de victorias, Aragon arrancó el Privilegio general, constitucion más antigua y más liberal que la Carta-Magna de Inglaterra. Todas las grandes ideas políticas, todas las conquistas de la civilizacion que hoy nos ufanan y orgullecen, estaban como en su gérmen encerradas en esa Constitucion sencilla, pero fuerte, como aquel gran pueblo.

Para ganar sus libertades procedia Aragon de tal suerte, que todas sus victorias, si lentas, se afirmaban incontrastablemente. Allí no habia division de clases; cuando se trataba de la libertad todas se unian, y el plebeyo comprendia que del derecho arrojado al noble, sacaba siempre algun despojo. En Aragon no se ve la lucha del pueblo con la nobleza, del municipio con el feudalismo, no; pueblo y nobleza se aunan para ir conquistando derechos, garantías y libertades. Pero conseguido ya el Privilegio general, donde estaban todas las grandes leyes de la libertad aragonesa, la aristocracia muy principalmente rayó en sus

pretensiones tan alto, que amenazaba convertir el rey en siervo, y el gobierno monárquico en oligarquía.

Contenidas las pretensiones políticas dentro de sus justos límites, produjeron el Privilegio general; desbordadas, debían producir el Privilegio de la unión. Muchos historiadores pretenden ver en este privilegio la libertad; yo no veo en él más que los gérmenes de una república aristocrática, que hubiera concluido por secar todas las fuentes en que bebía su vida y su gloria el reino aragonés. Aunque los aragoneses se unían en todas sus crisis, comenzó la alborada de la idea que examinamos en el reinado de D. Alfonso III el Franco. Este rey, en lo exterior, había faltado á la política de Pedro III, había rendido la cerviz á Roma, había abandonado á Sicilia; y en lo interior, se limitaba á sábia resistencia, nunca exagerada hasta lo violento. Los ricos-hombres comenzaron á desencadenar la guerra, cuando el rey Alfonso pasó á titularse tal, y á firmar órdenes sin haber prestado antes el debido juramento á la libertad aragonesa. Juraron morir, moviéronse á guerras

y requirieron al rey para que doblase la rodilla ante la antigua autoridad de las leyes. A tanta arrogancia contestó el rey con mansedumbre, reconociendo la justicia de la demanda y legitimando el fundamento del agravio. Juró, pero bien pronto conoció que lo del juramento había sido un pretexto encontrado más bien que un motivo, para la levantisca nobleza. Salió, como bien le plugo, el rey de Zaragoza, y los nobles lo llevaron muy á mal porque le querían en la capital; para pedirle satisfacción de otros agravios uniéronse y juraron defenderse, y se dirigieron al rey y le amenazaron más como rivales que como vasallos. El rey, que los vió rebeldes, movióse á indignación y les contestó en plenas Córtes que estaban fuera de derecho. En esta unión, si bien predominaba la aristocracia, entraban también las ciudades. Ya hemos dicho que en Aragón se unían todas las clases instintivamente contra el rey. La resistencia de Alfonso III desconcertó á la Unión. Se deshizo el nublado, pero quedó la electricidad en la atmósfera.

Los aragoneses encontraron, si no nuevos mo-

tivos de quejas, nuevas ocasiones. Salió del reino Alfonso III, y los de la Union le amonestaron á su salida y le advirtieron que no debía salir sin concertarse antes con las Córtes, segun el privilegio general. Contestó el rey que el privilegio no embargaba en ninguna de sus disposiciones su salida del reino, y los de la Union le amenazaron con apoderarse de las rentas reales; é indignados, procedieron á organizarse á guisa de gobierno, á mandar embajadores los reyes extraños, á conmover profundamente el reino, á poner en pié de guerra numerosos ejércitos, á dirigir al rey amenazas de destronarle; en una palabra, á constituir una nueva república dentro de la república, y á levantar un nuevo poder frente á frente del poder real. Entonces el rey se dió por vencido y otorgó el famoso privilegio de la Union. Las disposiciones de este privilegio no podian ser más humillantes para la autoridad real. El rey no podia procesar á ningun individuo de la Union sin consentimiento de las Córtes y del Justicia. El rey, siempre que faltase al privilegio, consentia en que sus vasallos no le hubiesen por rey y eli-

gieran el que mejor les cuadrara. El rey contraía la obligacion de convocar todos los años Córtes en Zaragoza, otorgando á las Córtes el derecho de elegir y nombrar sus consejeros. El rey, para colmo de humillacion, entregaba diez y seis castillos á sus vasallos en prenda de su palabra y de su juramento. El rey se ataba las manos, se reducía á la impotencia, era una sombra delante de un sinnúmero de reyes, y la voz de la libertad debía resonar en sus oidos siempre como una sentencia de muerte. A Alfonso III sucedió Jaime II.

Este rey, fundador de la Universidad de Lérida, se vió asediado por las pretensiones de los nobles, que á la sombra de sus pendones, con las manos en el puño de sus espadas, los ojos rebozando ira, en son de rebeldes, pedian el pago de algunas cantidades y la satisfaccion de inciertos y no bien definidos agravios. El rey, conociendo que la sombra protectora de la libertad era en Aragon el más seguro asilo, convocó las Córtes en demanda de justicia. La personificacion de esta divina virtud se levantó serena y sublime en las Córtes. En su mano pusieron ambas partes sus

agravios. El Justicia condenó á los oligarcas y salvó al rey. Esta sentencia prueba que no en vano llevaba aquel magistrado el nombre mismo de la justicia. El rey, sin embargo, conocía que necesitaba de grandes elementos para formarse una base donde poder al ménos encontrar tierra para batirse con los nobles. Los legistas le daban, en la esfera de las ideas, luces para seguir en su camino, y en la esfera de los hechos le daba la nobleza inferior apoyo para desbaratar á los ricos-hombres. Pero ya veremos cómo Dios desencadena las tempestades cuando conviene á sus altos fines. D. Alfonso IV, sucesor de Jaime II, era débil y supeditado á su segunda mujer. Había tenido en la primera á D. Pedro IV y en la segunda al infante D. Fernando. Doña Leonor, que así se llamaba la reina, pretendía, á fuer de madrastra, que el reino se desmembrase y se diese solo una parte á su heredero, y las demás se repartiesen entre sus propios hijos. El reino resistió noblemente á esta demanda del rey, y el infante D. Pedro, legítimo heredero, se puso á la cabeza de la resistencia. Sus pretensiones triun-

faron como era justo, pero trajeron gran desorden sobre el reino. Levantada la nobleza, inquietas las municipalidades, mal seguro el orden, dividida la familia real, vivas todas las pretensiones de la Union, menguada y decaída la autoridad monárquica, sediento de libertad Aragon, pero con sed hidrópica; rota en gran parte la disciplina de las instituciones, eclipsado el respeto á la ley, subió al trono D. Pedro IV, tan amante de su autoridad como enemigo de la nobleza. Conozcamos al rey.

III.
La idea de D. Pedro IV, así que sintió el frío de la corona en su frente, fué levantar la autoridad real á gran altura y contener y domeñar la nobleza. Conoció que luchar con la aristocracia como el leon, era imposible, y se decidió á luchar como la serpiente. No apeló, pues, á la fuerza,

sino á la astucia; cuando venció, invocó el derecho para que sancionase su obra. Su hipocresía era una máscara impasible, que nunca ó pocas veces dejaba traslucir el interior de su alma.

Conoció que las cualidades más sobresalientes de los aragoneses, debían ser contrastadas con cualidades contrarias. Al entusiasmo opuso el cálculo; al valor, la astucia; á la generosidad, el egoísmo; á la lealtad, la traición; al respeto á la palabra empeñada, la burla de todo juramento; á la confianza ciega, la ausencia de toda fé; á todo lo grande, á todo lo bello que los aragoneses anidaban en su corazón, todo lo ruin, todo lo mezquino de su carácter de hombre, que desconocido por ellos, debía de serles un mortal enemigo.

Todo lo calculaba Pedro IV, hasta el entusiasmo; todo lo preveía, hasta los más fortuitos casos de la suerte. Sus acciones se arreglaban siempre á una idea fija, como el Norte, en su conciencia. No gustaba de transacciones, y lo dejaba perder todo para ganar lo todo. Fingía de tal manera, que cuando el odio con toda su viveza devoraba su pecho, dulce sonrisa corría por sus labios. Vencido,

besaba las manos de sus enemigos; vencedor, los mandaba ahorcar. Era cruel, y sin embargo pensaba la sangre que le convendría derramar, y cuando ya había llenado la medida de su cálculo, no derramaba ni una gota más. Era calculador hasta en sus odios y no se vengaba solo por deseo de vengarse. Conocía el carácter de los hombres maravillosamente, y á cada uno le hablaba en su lenguaje, y se metía en los corazones sin ser sentido y los dominaba sin dar á conocer su dominio. Al enemigo que podía seducir no lo esterminaba, prefería ganarlo por malos medios á vencerlo con buenas armas. Tenía en más los triunfos del talento que los triunfos del brazo. Lo que podía remitir á la diplomacia, no lo dejaba para la guerra. Tenía el presentimiento de la edad que se iba á inaugurar en el mundo, y conocía que el dominio de la política iba á pasar de manos de los fuertes á manos de los hábiles. Había algo en él de la política italiana, mucho de los príncipes del renacimiento, y por eso mucho más tenía de diplomático que de fuerte, más de perseverante que de arrojado. Antes que Maquiavelo hubiera

escrito su Príncipe, era un príncipe á lo Maquiavelo. No queria dar un paso fuera de la ley, é interpretándola á su antojo, cohenestaba en ella las mayores iniquidades. No humillaba sino á los que anhelaba combatir; no combatia sino á los que estaba seguro de vencer. Iba á su fin sin reparar en los medios. Cuando le convenia olvidar, olvidaba, y cuando le convenia perdonar, perdonaba. Todo su empeño era convertir en ciegos servidores á sus enemigos de más valer. Tenia un talento inmenso, una lógica cruel; era muy apasionado del distingio y muy enemigo de abandonarse á las inspiraciones del momento. Las leyes, como las costumbres y los caracteres, nacen antes de la práctica que de la teoría. La diplomacia del siglo xvi fué preparada por hombres como Pedro IV. En él se ve el talento de Fernando V, unido á una astucia muy semejante á la de Luis XI.

Todo en él era superior al siglo, la idea y los medios de accion. Lo era la idea, porque solo su génio superior pudo adivinar las fuentes de vida que encerraba la pacífica libertad de los humildes y el gran veneno que encerraba la tumultuosa li-

bertad de los poderosos; lo fueron los medios, porque hasta él no se habia visto un rey domeniando y destruyendo la obra de la fuerza con la invisible clava de la inteligencia, ni tampoco que un vencedor incondicional y absoluto fuera á postarse ante la ley y el derecho para pedirles la sancion de su obra. Esta fué grande. Si mató el privilegio de la Union, afianzó el prestigio general; si arrancó armas á la nobleza, dió una balanza al Justicia.

IV.

Conoce el lector, si yo no me he explicado mal, la época, el pueblo, el rey, todos los antecedentes de la historia que voy á referirle. Para desembarazar mi narracion, me permitiré algunas reflexiones. Cuando convertimos los ojos á la Edad media, el confuso movimiento de tantas ideas, de tantas instituciones, de tantas escuelas; el cho-

que continuo de las guerras, la disparidad de muchos elementos sociales; el siervo, ese residuo de la esclavitud pagana al lado del municipio, ese ideal de los gobiernos cristianos; la poesía más alta y bella, naciendo en espesas sombras; la ciencia desarrollándose en el seno de aquellas tempestades; la confusión, en una palabra, de aquella sociedad, nos mueve á una gran maravilla y nos causa espanto. Y, sin embargo, allí la razón humana se abre á la ciencia; allí se definen y dividen las clases para levantarse á su emancipación; allí nace y crece el arte católico; allí hierve el espíritu de la civilización moderna; allí se forja la unidad de las nacionalidades. Alabemos á Dios. En el fondo de esos siglos, que parecen tan oscuros, en el seno de algunas de esas instituciones, que parecen tan bárbaras, en la frente de esos hombres que llevan tras sí la guerra, en el oleaje de esos hechos á veces inexplicables, flota, como el aire sobre las aguas del cáos, el espíritu de la civilización, el gènio de la libertad.

Como el vegetal tiende á buscar la luz, como

el cuerpo su centro de gravedad, como las aguas el equilibrio, el espíritu humano busca la libertad, que es su esencia. Pasa, sí, por grandes tormentas; se sujeta á infinitas coyundas; padece largo martirio en continuados calvarios; pero al fin se levanta resplandeciente de gloria, triunfa, y con su luz ofusca y ciega á todos sus perseguidores y desarma á todos sus enemigos.

Cuanto más miro la historia, más veo en sus acontecimientos latir la sávia de la Providencia. Cuanto más miro los hombres aparecer en la superficie de la historia, más me parecen símbolos de las ideas, pensamientos vivos que á veces no tienen de sí mismos conciencia. Cuanto más estudio las instituciones, más veo en ellas encarnarse un espíritu que lo invade todo, que lo rodea todo, que es como el aire, como el sol, espíritu que se llama la idea de un siglo.

En el siglo xiv todo tendia á la destrucción del feudalismo ya herido, y á matar el predominio de la nobleza. Jamás habia tomado la nobleza un aspecto más grande, más hermoso que en Aragon. Allí no peleaba por el poder, sino por la liber-

tad. Allí no alcanzaba derecho de que no hiciese proporcionalmente participe al pueblo. Allí había escrito con la punta de su centelleante espada una carta de libertades que aún es hoy pasmo y maravilla del mundo. Solo el deseo de predominar sobre todo falseó su obra.

En Aragon había una especie de círculos gerárquicos, que se apoyaban como la bóveda de un edificio en el pueblo y que concluían teniendo por cúspide el rey. Del rey á la clase inferior de la nobleza había ciertos lazos, ciertas clases intermedias que lo enlazan todo; así como de la clase inferior de la nobleza á la clase inferior del pueblo existían también esos puntos de continuidad, que eran como una série viva y armónica de libertades. Así es que cuando la clase superior se movía, todas las clases entraban en movimiento, rugían todas, se acercaban todas á pedir libertad, semejándose á las ondas de los mares. No sucedía esto en Castilla. El municipio y el rey andaban siempre unidos contra la nobleza. El rey y el pueblo se aunaron en todas las grandes conmociones políticas. Así creció y se desarrolló tanto en Cas-

tilla la libertad municipal. La nobleza castellana contribuyó á matar la libertad del pueblo en los campos de Villalar. El pueblo castellano vió con indiferencia morir la libertad de la nobleza en 1538 á los piés de Carlos V. Por eso decía con tanta razón el rey Católico que era tan difícil unir á los castellanos como desunir á los aragoneses. Y en tratándose de libertad, los tres pueblos que componían la corona de Aragon se agitaban como las ondas del mar alteradas por el azote de los mares.

Pues bien, ya lo hemos visto; las libertades aristocráticas de Aragon amenazaban derribar la monarquía. La audacia había rayado muy alto. En el reinado de Alfonso III había conseguido inauditos privilegios; la corona flotaba como un juguete en aquel reino henchido de tumultuosas libertades. Estos ímpetus no habían sido contenidos ni amansados. Si el Justicia les puso el límite de la ley parecido al límite de arenas con que Dios encadena los mares, la debilidad de Alfonso IV había sopiado de nuevo viento de tempestad en aquellas pasiones, ocasionadas siempre á encrespase. De

esta tempestad se habia valido Pedro IV para subir al trono y perseguir á su madrastra y á sus hermanos. Pero, ya rey, aquellas libertades le incomodaban con su ruido y le espantaban con su continuo oleaje.

Mirarlas, y proponerse dominarlas, todo fué uno.

Pero en justicia, debemos repetir que si atacó al privilegio de la Union, confirmó el privilegio general; que si hirió con el puñal la oligarquía aristocrática se prosternó de hinojos ante la libertad tradicional. Y sólo así pudo ser duradera su obra.

En Castilla, muerto D. Pedro el Cruel, nació una restauracion bastarda de la nobleza como la nueva dinastía.

En Aragon, cuando el estado llano se reune en la augusta Asamblea de Caspe, y superior á todas las tempestades derramadas por los nobles, forja una corona para D. Fernando de Antequera, muestra cuán grande en maravillosas consecuencias habia sido la obra de Pedro IV.

Yo me apasiono de la aristocracia aragonesa

como de todo lo grande. Yo detesto mucho de los medios que para vencerla empleó el rey, como detesto toda bajeza. Pero la empresa era grande, la lucha inmensa y vamos á manifestarla con todas sus peripecias. Mas esto será obra de un segundo artículo.